

## LAS APARIENCIAS.

---

Hay una escuela ó una secta, ó por lo ménos una teoría filosófica, que fundandose en la observacion de que las sensaciones no están en los cuerpos que las producen, sino en los órganos que las reciben, ha sacado por consecuencia que nada tiene en el mundo realidad efectiva, que todo está reducido á meras apariencias.

El color es como una superchería de los ojos.

La música una mera adulacion de los oídos.

Los perfumes recreos imaginarios del olfato.

El sabor una engañifa de nuestro paladar.

Y la aspereza y la suavidad, puras embusterías del tacto.

El dolor que experimentamos al chocar violentamente cualquiera de las partes de nuestro cuerpo con otro cuerpo extraño, es hasta cierto punto una quimera, y si apuramos el razonamiento, vendremos á parar en que sentimos el dolor, permitaseme la desvergüenza, porque nos dá la real gana de sentirlo.

No se les concede á los cuerpos mas cualidad propia que la de la extension, y todas las demas circunstancias, digamoslo así, que en ellos advertimos, es pura traspantoja.

En nuestros órganos está exclusivamente el secreto de toda esa fantasmagoría de sensaciones con que los objetos nos engañan, merced á la traidora connivencia de nuestros sentidos.

Sacando estas averiguaciones científicas de las cultas regiones especulativas de la filosofía, y trayendolas á este mundo en que vivimos los simples mortales, podremos advertir la variedad de engaños con que llenamos de atractivos las tristes soledades de la vida, para caminar alegremente por las asperezas de este valle de lágrimas en que hemos nacido.

Se acusa á nuestro siglo de ser ferozmente positivo, horrible-

mente despreocupado, y como ninguno tenaz en el empeño de extraer y suprimir la sustancia real de las cosas.

Parece que desdeña las ficciones de la poesía, las ilusiones estéticas del arte, las fantásticas creaciones del ingenio. No es un siglo heroico, ni un siglo pastoril, ni un siglo caballeresco, ni un siglo religioso; es, digamoslo así, un siglo científico, que todo lo analiza, que todo lo descompone, que todo lo explota; es el siglo del tres y dos son cinco.

He dicho que es un siglo científico, y debo advertir que esta calificación solo le corresponde en el sentido de haber aplicado la ciencia à la industria.

Pues bien: si es así en el fondo, en su aspecto hay algo de teatral, mucho de relumbron, bastante de bombo y platillos; si bien se mira, no es oro todo lo que en él reluce, y es bastante más el ruido que las nueces.

Pero no es mi propósito en este instante entristecer el ánimo del lector descubriendo à sus ojos deslumbrados las vanas apariencias de gloria, de prosperidad y de civilización con que se viste nuestro siglo. Estamos, y hè aquí la única realidad que en este punto descubro, presenciando una gran comedia, y sería una crueldad desvanecer la ilusión de los espectadores, advirtiéndoles que los personajes que la representan son meros comediantes, pura ficción sus palabras, sus acciones y sus sentimientos, y mentirosa perspectiva el pomposo lujo del aparato escénico.

Mi intento es únicamente advertir que este siglo, tan positivo y tan práctico, es al mismo tiempo soberanamente frívolo y pasmosamente crédulo.

Por un singular contraste de las cosas, el siglo de la razón ha producido generaciones de hombres especialmente entregados à las alucinaciones de los sentidos.

Esto es, à las supercherías de los ojos, à las aduaciones de los oídos, à los recreos imaginarios del olfato, à las engañas del paladar y à las embusterías del tacto; en una palabra, à todas las mentirosas apariencias de la sensualidad.

Ahora bien; yo hago un razonamiento desconsolador, y digo:

Si las delicias que gozamos son falsas, nuestra felicidad no puede ser verdadera.

No obstante, parecemos dichosos, porque hemos refinado y multiplicado los placeres, y los placeres son las apariencias de nuestra dicha.

Parecemos dichosos, y hemos llegado à creer que lo somos, porque al fin, sea como quiera, nuestra ambición es bastante razonable, se contenta con las apariencias.

Acaso—perdonad este arranque de sensiblería—acaso, digo, no hay más felicidad positiva en la tierra que aquella dulce satisfacción, que nos proporciona los tiernos sentimientos; mas....¿quién

¿cree ya en semejante cosa?

Es indudable que la dicha no está vinculada en la riqueza; no consiste en la refinada comodidad de los muebles que nos rodean, ni en lo esquisito de los platos que se sirven en nuestra mesa, ni en el delicioso *confort* de nuestra casa: la envidia y la codicia se equivocan grandemente si por estas apariencias de dicha creen que la felicidad ha de andar en coche.

Todo eso será un placer ó muchos placeres; pero ya no nos es posible prescindir de ellos; despojados por un momento de esas apariencias de dicha que poseemos ó que ambicionamos, y no sabremos vivir, no encontraremos en nuestro corazón la deliciosa compañía de los bellos sentimientos, y huiremos atribulados de sus espantosas soledades.

Y no hablo con los que dejándose arrastrar por el torbellino del mundo se agitan incesantemente movidos por la imperiosa inquietud de las disipaciones; me dirijo más bien á esos corazones en los que parece que la providencia ha grabado más fuertemente el sello de los sentimientos delicados.

No es objeto de mi observación la sociedad loca y corrompida, sino la familia juiciosa y honrada; no voy á buscar el poder de las engañosas apariencias en la escena tumultuosa del mundo, ni en el vértigo ciego de los brillantes placeres, sino en el rincón apartado del hogar doméstico, pacífico y modesto.

Los personajes que distingo en la tranquilidad de esta vida íntima son dos: una madre y una hija; dos corazones unidos por el doble vínculo de la naturaleza y del amor.

La felicidad llama á la puerta de esta casa bajo el aspecto de un joven que lleva en su pensamiento la imágen bella ó graciosa de la hija.

Es un pobre muchacho que tiene la cabeza llena de ilusiones y el corazón lleno de ternura.

Los ojos negros ó azules, pues para el caso es lo mismo, de la hija han despertado en su alma un vivo sentimiento.

La madre pregunta:

—¿Quién llama?

La hija pronuncia un nombre.... Juan, Miguel, Antonio, Francisco..., un nombre cualquiera.

—¿Qué quiere?

—Quiere mi corazón.

—¿Y qué trae?

—Trae el suyo.

La madre parece pensativa; medita profundamente, porque sus palabras van á decidir de la felicidad de su hija.

Es verdad que es un joven sano, robusto, que trabaja, que interesa, que es digno de ser querido; es ciertamente una esperanza de felicidad, pero ¿quién sabe! la vida es cara y los tiempos son

malos... el amor es sin duda alguna risueño; pero ¡la pobreza es tan triste!... Sí, su corazón es hermoso... mas... ¡su fortuna es tan escasa!...

—Hija mía—dice la madre—yo no pienso más que en tu felicidad, y no creas que la felicidad nos la trae el primer joven que pasa por la calle... Tienes aún pocos años, dicen que eres hermosa y todavía puedes esperar... No te abandones a los impulsos de tu corazón. Estás acostumbrada al regalo y a las comodidades, y te costaría muchas lágrimas perderlos. No te fies de las vanas apariencias con que sonríe a tus deseos la perspectiva de una dicha tan dudosa.

Son tan juiciosas estas reflexiones, que la hija no tiene nada que replicar a ellas, y bajando la cabeza, suspira y espera, exclamando interiormente:

—¡Oh, si le cayera la lotería!....

Vive allí cerca un hombre que estará al cumplir los sesenta años. Hasta entonces ha sido un ser oscuro, indiferente, insignificante, pero empiezan a brillar sus ignoradas cualidades a la luz repentina de una herencia inesperada.

¡Oh qué felicidad! es rico.

Su casa es magnífica... ¡Qué habitaciones!.... ¡Qué muebles!.... En su mesa se sirven los platos más exquisitos.... tiene coche....

Todos dicen:

«Ese hombre puede hacer feliz a cualquiera mujer.»

Y debe ser cierto, porque todas las bocas le sonríen, como si él fuera la felicidad misma.

A la madre se le ha ocurrido también esta misma idea....

La felicidad... la felicidad positiva llama a la puerta de esta casa bajo el aspecto de un pobre viejo, que lleva en el fondo de su bolsillo una fortuna.

La madre pregunta:

—¿Quién llama?

La hija contesta:

—El vecino.

—¿Cuál?

—El rico.

—¿Qué quiere?....

—Quiere mi mano.

La madre parece pensativa: medita profundamente, porque sus palabras van a decidir de la felicidad de su hija.

Es verdad que es un hombre viejo.... y es claro, achacoso; es verdad que no posee los encantos de la juventud y que no puede inspirar una pasión tierna. Ciertamente no es a propósito para ser el héroe de una novela amorosa; pero ¡ah!.... la vida es cara y los tiempos son malos: el amor es sin duda alguna muy risueño, pero la pobreza es tan triste!....

Hija mia—dice la madre—yo no pienso más que en tu felicidad, y no creas que la felicidad nos la trae el primero que pasa por la calle. Ya tienes edad para pensar juiciosamente; dicen que eres hermosa y bien mereces la fortuna que viene á buscarte. Estás acostumbrada al regalo y á las comodidades y te costaría muchas lágrimas perderlos..... No te fies de las vanas apariencias con que sonría á tus deseos la perspectiva de una felicidad dudosa, y piensa que te se ofrecen las realidades de una dicha segura.

Tan razonables reflexiones no tienen réplica en el mundo, y la hija no encuentra nada que oponer á ellas. Baja la cabeza, suspira y exclama interiormente:

—¡Oh, si fuera el otro!

De esta manera las apariencias engañan hasta los corazones de las madres.

Porque es preciso fijar bien el punto de esta cuestion.

¿La felicidad humana se encierra verdaderamente en las suntuosas paredes de una casa espléndida, en las refinadas comodidades de un mueblaje lujoso y en la indolente delicia que nos proporciona la inflexible cadencia del coche en que arrastramos nuestras vanidades?

Francamente: la felicidad ¿está en los ojos, en los oídos, en el olfato, en el paladar y en el tacto, esto es, en las groseras satisfacciones de los sentidos, ó tiene su noble asiento en el fondo del alma?

¿Es verdad que como Esaú hemos vendido la primogenitura de nuestro excelso origen por un miserable plato de lentejas?

Hará muy bien el lector en reirse del énfasis de esas interrogaciones. Yo tambien me rio de ellas. Porque preciso es que nos desengañemos, el corazon no ha sabido nunca más que darnos sentimientos, mientras los sentidos nos llenan la vida de placeres.

Dicen los espíritus austeros, y han llegado á creerlo las conciencias piadosas, que el alma humana encuentra la felicidad verdadera en los sufrimientos y en las penalidades; y para demostrarlo sacan á relucir la grandeza de los héroes, la paz de los santos y la gloria de los mártires: pero hé aquí que nuestra generacion no abunda en héroes, ni en santos, ni en mártires.

Nuestras *bienaventuranzas* son más sencillas; están reducidas á esta única frase:

«Beato el que posee.»

Un hombre de Estado, célebre, hallándose en el poder, fué advertido de que uno de sus amigos políticos se disponía á impugnar una ley importante que iba á discutirse.

—¡Oh!—exclamó—¿qué quiere ese hombre! Es director general, tiene dos grandes cruces, disfruta cincuenta mil reales de sueldo, se le da casa, se le da coche..... ¿por qué, pues, está descontento?.....

6.

ATENEO LORQUINO.

Y tenía razón. ¿Qué apariencia faltaba á su felicidad? ¿Qué placer faltaba á su dicha?

Podremos vivir inquietos, agitados; podremos ser infelices en el fondo de nuestra conciencia, pero es una inquietud caprichosa, una agitacion absurda, una infelicidad insensata, porque nos rodean todas las apariencias de la dicha. ¿Qué placer falta á la fantástica satisfaccion de nuestros sentidos?

Las apariencias son muchas veces la falsificacion de las cosas.

¿No sabeis que las lágrimas son con frecuencia la expresion inefable de un gozo inmenso?

Los placeres, hé ahí las brillantes apariencias de nuestras voluptuosas desdichas.

J. SELGAS.

## AL TRABAJO.

ODA. (1)

Yo vi su templo, y adoré en sus aras  
La imágen de la vida:  
Ví sus dominios como el mundo inmensos  
Y abismóse asombrada el alma mia.

Só la azulada alfombra del espacio,  
Con soles mil prendida  
En los inmensos campos de los cielos,  
De alegres coros el acento oia:

Y como el ronco acorde que el mar alza,  
Cuando el Señor le agita,  
Su voz potente y su clamor sonoro  
La tierra alzaba ante el altar rendida.

Sus coronas, y púrpuras, y cetros,  
Los reyes deponían  
De la imágen al pié: su pluma el sabio,  
Su paleta y pinceles el artista.

(1) Premiada con medalla de plata en el Certámen que ha celebrado la Sociedad Económica de Amigos del País de esta ciudad el día 6 del corriente mes,

Y coronando su sagrada frente  
 Trenzadas se veían  
 Con los racimos que el otoño dora  
 La fresca rosa y la aristada espiga.

Al tédio agenas, y del goce impuro  
 A la fugaz delicia,  
 Resbalaban las horas placenteras,  
 De luz llenas, encantos y alegría.

Y el pan amargo que el sudor sazona  
 Y amasa la fatigá,  
 Y la hiel que en el cáliz de los goces  
 El dolor ó el quebranto depositan,

Más dulces que la miel de los panales,  
 Tesoros de ambrosia  
 Que guarda ocultos la afanosa abeja,  
 Eran al labio en su dulzor divina.

¡Oh sagrada deidad, cuyos altares  
 En el Eden un día,  
 Al acento se alzaron del Eterno  
 Que á la adámica prole así castiga...!

Yo te adoro también, y ofrezco amante  
 Las trovas de mi cítara:  
 ¡Tristes acordes que sin eco mueren,  
 Como la voz del ruiseñor que espira!

¡También bebo la hiel que ofrece al alma  
 El cáliz de la vida!  
 ¡También llevan tu cruz mis flacos hombros,  
 Y á mi frente ceñiste tus espinas!

. . . . .  
 . . . . .

De blancas rosas y laurel divino  
 Corona ostentas rica,  
 Y de tu cetro al golpe omnipotente  
 Mana espumoso el río de la vida.

Donde tu acento creador resuena,  
 Como el de Dios un día  
 En el cóncavo oscuro del espacio,  
 Que ora con soles su poder tapiza,

Nacen la flor de la virtud humilde,  
 El lirio de la dicha,  
 El laurel de la paz, y la violeta  
 Del casto amor que á soledad convida.

Tu afan emula la afanosa abeja,  
 Cuando en las flores liba  
 El dulce néctar que en el cáliz guardan  
 Para aromar las alas de la brisa:

Y del estío en las ardientes horas,  
 Solícita la hormiga,  
 De constancia el ejemplo te propone  
 Cuando llena sus troges sin fatiga.

Tú hundes la reja que aguzaste, y trazas  
 Con ella en la campiña  
 Los hondos surcos que fecundos siempre  
 Guardan avaros la vital semilla:

Y cuando el sol ardiente del estío  
 Dá á la aristada espiga  
 La dorada diadema, á cuyo peso  
 La rubia frente fatigada inclina,

La hoz corva blandes y su tallo amagas,  
 En haces mil las ligas,  
 Y en las redondas eras desgranado  
 El joyel que guardaban peregrinas,

Llenas los anchos trojes, los desvelos  
 Premiando y las fatigas,  
 Del que á los senos del fecundo surco  
 Fecundos granos arrojára un día.

Tú de las Artes con potente mano  
 El ara alzas divina  
 Y en sus victorias triunfador te engrías  
 Cuando el genio que vence te acaricia.

Del purpurado manto de los reyes  
 La urdimbre sutilizas,  
 Arrancando al telar con tu constancia  
 Las bellezas y galas que adivinas:

Y en el sayo modesto, y en la alfombra,  
 Dé la opulencia altiva



Hunde el pié breve, tu poder é ingenio  
Siempre creadores con asombro brillan.

Del caudaloso rio la corriente  
Detienes ó limitas,  
Levantando tus diques á su paso  
Y ensanchando potente sus orillas;

Y abres del puerto los amigos brazos,  
Dò al viento desaffan  
Esas gaviotas de gigantes alas  
Que el haz movible de los mares rizan.

Del oro que en sus senos de granito  
Los montes escondian,  
La vena busca tu potente mano,  
Que armò con su piqueta la codicia:

Y al seno de la mar, inmensa concha  
Que los corales cria,  
Los tesoros arrancas, que á tu esfuerzo  
Y á tu constancia sus riquezas brindan.

Tu audaz mirada hasta los cielos sube,  
Y lees y adivinas  
De los mundos que pueblan el espacio  
Las invisibles ruedas infinitas;

Y encadenas al sol con Galileo  
En la extension dó brilla,  
Y haces girar en su redor la tierra  
Con el manto del alba revestida.

Con Guttemberg, encarnador del verbo  
Que la razon fulmina,  
Al porvenir el pensamiento legas  
Que el pasado entre sombras encubria.

Del mar azul que nuestras costas baña  
Con ondas cristalinas,  
Y del que bebe del sagrado Ganges  
El infécto cristal en otra orilla,

Unes en Suez la corriente inmensa,  
Abriendo nueva vía,  
Que de Egipto las sombras faraónicas  
Desde sus tumbas sin cesar vigilan.

Dueño del orbe que á tu pié se postra,  
 Tu férrea mano apila  
 En el altar del arte y de la ciencia  
 El laurel de la gloria y la conquista:

Y acompañas al genio en sus batallas  
 Y curas sus heridas,  
 Y la sagrada losa de sus tumbas  
 Enguinaldas con frescas siemprevivas.

Luchaste donde quier, y dò luchaste  
 Venciste sin medida.—  
 Cruzas los mares del vapor en alas  
 Y festeja tu paso su armonía:

Alzas tu dedo á la region del trueno,  
 Y la heridora chispa  
 Que aborta el seno de encendida nube,  
 Caen á las plantas de Franklin vencida;

Y robando á la luz el creador rayo,  
 Cuya indeleble tinta  
 Graba Daguerre en su cristal divino,  
 Un nuevo mundo con tu ingenio animas.

Del Polo helado al Ecuador ardiente  
 El pensamiento envias  
 A la eléctrica red encadenado,  
 Que de tu mano al golpear palpita;

É hiriendo el seno del gigante alpino,  
 En cuya frente anidan  
 Las tempestades que el invierno incuba,  
 Cruza el vapor su oscuridad sombría.

Siempre brotaron en tus huellas flores  
 Que el tiempo no marchita.  
 ¡Las fecundò la sávia de tu frente  
 Y el aliento de Dios prestóles vida!

No broten ¡ay! las que fecunda el odio  
 Con sávia de delicias:  
 No tus sagradas flores ¡Oh TRABAJO!  
 Al calor se marchiten de la orgía.

Oste la gloria de laurel tu frente,  
 Y en la cña

Con la rosa de Abril, con el racimo  
Que endulza otoño y la dorada espiga.

Rompe la lanza que empuñó en la lucha  
La mano fratricida,  
Y en reja torna el heridor acero  
Que con sangre tus campos fecundiza.

¡Que el tedio amargue las febriles horas  
Del que entre goces ría,  
Y el hastío mortal, fiebre del alma,  
Lo corone de abrojos y de espinas!

¡Que lllore triste en el ardiente seno  
De la fugaz delicia  
El que gozando, al veleidoso alhago  
De la fortuna su esperanza fia!

De laurel inmortal y eterna gloria  
Corona las conquistas  
Del genio triunfador, que lucha y vence,  
Cuando su esfuerzo tu constancia inspira.

Y en el sagrado libro de los héroes  
Donde sus hechos brillan,  
De tus oscuros mártires el nombre  
Guarde la Fama hasta el postrero día:

Y el honor, la virtud y la esperanza,  
Vestales de la vida,  
Vijilen como fuego consagrado  
Su memoria inmortal y sus cenizas.

JUAN B. PASTOR AICART.

## AL DESPERTAR.

¡Qué fácil es creer en la lluvia de oro de Danae, en esa edad  
en que se persiguen insaciablemente las pintadas y ligeras ma-  
riposas! ¡Cuán sencillo nos parece encontrar una dicha duradera.

ó lo que es igual, LA FELICIDAD, cuando solo se han visto nacer quince veces los nardos y las rosas en los jardines!

Y sin embargo—permitidme por lo gráfico lo vulgar y grotesco de la comparacion que voy á emplear,—la Felicidad es como la viuela, que à medida que trascurre el tiempo es más difícil adquirirla.

Hemos oido decir que la juventud es una felicidad.

La Felicidad no es más que un sueño.

De aquí deducimos que la juventud es un sueño tambien.

Sí: la Felicidad es solo un sueño; y aunque la ilusion de una dicha engañosa acalora y atormenta nuestras cabezas y abrasa nuestros corazones, la felicidad real y positiva se escapa de nuestras manos à medida que creemos tenerla más asegurada.

Si: la juventud es como un sueño ligero y apacible que se desvanece entre risueñas esperanzas y candidas ilusiones.

Figuraos que en las calurosas tardes del estio, despues de una agradable siesta en que habeis disfrutado de un sueño reparador y dulce, despertais heridos por un súbito deseo: los ojos desmesuradamente abiertos quieren percibir el rayo de luz que debe penetrar por las rendijas del balcon, pero no distingue ni la más pequeña claridad: el oido solo percibe misteriosos y confusos rumores. Os opresurais à abrir los balcones, creyendo ver el hermoso aunque pálido sol de la tarde alumbrando un diáfano y purísimo horizonte y.... horror! Ya es de noche; la luz que penetra es la del alumbrado público; es decir, la sustitucion de lo artificial por lo natural.

El límpido y azulado cielo que esperábais ver se encuentra cubierto por una gasa oscura, negra como la pena; tétrica como la desesperacion, amenazadora como la desgracia.

¡Cuánto se le parece la *siesta* de mi cuento à las primeras épocas de la vida!

Cuando se despierta del sueño embriagador de la juventud y se abren de par en par las ventanas del juicio para que penetre la luz de la verdad, ya es tarde: la luz que perciben los ojos de la conciencia es la pálida y siniestra que despiden los poéticos astros de la noche. Esto, si el espacio todo no se halla cubierto de nubes oscurísimas, à causa de una fragorosa y horrible tempestad.

¿Quién no se ha dormido embriagado con los placeres de la juventud? ¿Quién no ha tenido ensueños irrealizables en esa edad en que los colores son purpurinos, las mugeres son ángeles, los amigos sinceros, la poesía realidad y factibles los desenlaces de las comedias? Y ¿quién ha conseguido en la edad madura algo siquiera de lo que soñó en la juventud....?

Hay seres dichosos, que no despiertan nunca, soñando siempre, sien pre esperando y fabricando siempre palacios de naipes que no los derriba ni la desoladora ráfaga de los vientos del desier-

to. Pero estos soñadores eternos pertenecen á la excepcion de la especie y el mundo los califica de locos; aunque dicho sea entre paréntesis, todavia no hemos podido nosotros distinguir á los locos de los que no lo son, por aquello de....

«Unos estamos por poco  
Y otros por poco no están.»

Pero ello es que casi todos, locos ó cuerdos, unos más temprano y otros más tarde, despertamos de esa bienaventurada *siesta*, exclamando:

—¡Mon Dieu, mon Dieu!—á la edad en que esto ocurre ya se posee el idioma de moda,—en un espacio de tiempo casi inapreciable se han sucedido veinticinco años, sin realizar lo que yo soñé! ¡Qué corta es la existencia! ¡Qué miserable es la humanidad! ¡Qué mundo tan falso! No hay desgracia como la mia.... Y otra infinidad de exclamaciones filosóficas que sabemos de memoria de tanto oirlas repetir.

Si quien despierta pertenece al sexo débil y es casada además:

—¡Qué desgraciada soy! No hay otra como yo... Tengo veinticinco años, cinco hijos que son otros tantos diablos que me está quitando la vida, y un marido que no ha sabido comprender mi carácter y que me dá *un disgusto á cada paso*. (Ignoramos la magnitud de estos *pasos*, y no nos atrevemos á vituperar ni á celebrar el presente épico desahogo.) Así hubiera correspondido á los favores de D. Facundo el mariscal... aquel comprendió mi temperamento, y... ¡cuánto me amaba!.... En fin, qué le hemos de hacer ya! Nos conformaremos con.... Mira, Pascual, no pegues á Pepito; si eres malo no te volverá á regalar confites el caballero que viene todos los dias....

Si pertenece al estado honesto, repetirá con frecuencia estas ó parecidas frases:

—Lola, María, Anita, Gertrudis.... todas se han casado ménos yo. Yo sola me tengo la culpa, porque hice caso de aquel Casas, que en cierto caso quiso casarse y se casó.... pero fué con Casiana!

Este caso se llama vocativo. Y despues concluye:

—Verdad es que tampoco se han casado Federica, Gumersinda ni Gabriela.

Y cual si descifrarse el binomio de Newton, quedase nuestra soltera bastante aliviada de un peso del que realmente carece. El mal de muchos consuela á no pocos.

Si el despertado fuese varon y no con B, de esos que tienen el cerebro tan lleno de fantasmas como el bolsillo vacío de dinero, entre mogigato y pedante; restregandose los ojos y con aire de melodrama francés, exclamará con toda la espontaneidad del que sencillamente narra sus ensueños en el momento de despegar los párpados.

—Hace veinte años—aquí deja escapar un suspiro—ardía en mi volcánica imaginación la gran idea de ser cardenal al tiempo mismo de cumplir los treinta. «Aquí tenéis á mi hijo, que ha de ser cardenal» decían con frecuencia mis buenos padres. Le hablaban al cura, y entré de monaguillo en la parroquia, llegando á creer que realmente era todo un cardenal, porque había momentos en que me parecía tocarlo con mi propia mano.... y ahora, despues de un sueño tan dulce, me despierto despabilando lámparas, puesto que he llegado á ser.... sacristan de mi propia parroquia! ¡Qué decepcion tan amarga!

Otro tal vez sostendrá consigo mismo el siguiente monólogo:

—Hace tres lustros, mis instintos belicosos hicieron presentir á mis padres que llegaría á ceñir la faja de general y recuerdo que se decían con frecuencia: «Nuestro hijo es un general futuro.» Yo tambien estaba persuadido de ello, porque lo de futuro lo tomaba yo por un apellido ilustre; el general Futuro. Me hallaba dispuesto á derramar toda mi sangre, roja de cólera, en contra de los viles que pretendieran insultar á mi querida patria.

Un dia, de un solo sablazo derramé—risa me dà y vergüenza el recuerdo de aquel caso bélico—una botella de tinta, cuya negra sangre discurría en formas caprichosas por entre los objetos del escritorio de mi padre; mientras yo impávido, con los ojos encarnizados, contemplaba hecho un valiente aquella hecatombe de cartas, libros y papeles, que yacían insensibles ante mi. No me arredraban aquellos despojos de negras manchas cubiertos: yo había nacido para general.... Aun se ensañaba mi espíritu guerrero en aquel campo de batalla, como el caudillo coronado con los laureles de la conquista, cuando acertó á entrar mi inexorable madre y me desarmò del sable, yelmo y corneta, pues falta de personal, yo desempeñaba todos los destinos.... Hoy, todavía no he perdido aquella esperanza, que es mi pesadilla: acabo de sentar plaza de soldado y... quién sabe?!...

—Al dejar abandonada la cartera de la escuela,—dirá un tercero en discordia—oía decir lo mal arreglada que andaba la cosa pública, y señé coger algun dia la cartera ministerial y corregir los yerros y vicios de este desventurado país, combatir los abusos sociales; en una palabra, regenerar el patrio suelo.

Recuerdo la cartera todavía...

¡Ilusiones que llora el alma mía!

¡Malditos treinta años,

Fuesta edad de amargos desengaños!

Y despues:

Perdonad los felices mi extravismo;

Pero al verme al espejo

No puedo resignarme á ser tan viejo,

Sin tocar un registro,

Que realice mis sueños de ministro.

Y el desgraciado mortal que pretendía llegar á tan elevado puesto, *improvisa* los anteriores versitos en un rato de exaltación poética, mientras descansa en la oficina donde pasa su vida de escribiente.

Lo mismo á estos soñadores, como á los que han conseguido algo de lo mucho que soñaron, preguntadles si son felices; unas veces dando un suspiro os dirán que nó; otras acaso os contestarán.

Los primeros:

—Yo como, visto, no me falta un duro en el bolsillo, no envidio á nadie y soy feliz.

Y los segundos con un marcado desden:

—Los grandes me envidian, los pequeños me adulan, el fausto me rodea, la fortuna me sonríe; no me trueco por nadie.... el mismo Schah de Persia no es tan feliz como yo.

Tanto mienten estos últimos pavos reales, que no omiten ocasión de inflarse y hacer la rueda, como los primeros, pavos caseros, que si bien no lucen sus pintadas plumas encaramados en una tapia, hacen á su vez la rueda en el fondo de un corral.

En efecto, la única felicidad que puede existir es la que dá una conformidad íntima y una abnegación sin límites; pero «cuán pocos se conforman con su suerte *de dientes adentro*» según la frase de una buena muger que yo conozco.

La edad que no se cuenta por épocas, ni por números, sino por metamorfosis, es el verdadero termómetro de la dicha: empieza marcando muchos grados, pero termina siempre con otros muchos, que bajo cero señalan la felicidad negativa.

La felicidad es á la humanidad lo que la piedra filosofal á los químicos, lo que la cuadratura del círculo á los matemáticos; cuando estos problemas se resuelvan la humanidad habrá encontrado también el mejor medio de poseer la tan soñada felicidad.

Pero no; borremos esta comparación, por que la felicidad existe, sí señor. Yo no había reparado en ello, hasta que en una de esas reuniones de familia donde los viejos se solazan recordando sus buenos tiempos con un juego de prendas, no sabiendo con quien contentar á una joven que desconocía, la dije:

—¿Se contenta V. con ser feliz?

Y repuso muy ofendida:

—Caballero, solo son felices los tontos!

En aquel momento desperté yo á mi vez, pensando:

—Tiene razón; no quiero ser feliz!...

ERNESTO VILCHEA.

**DIALOGO.**

—Tus palabras, dueño mio,  
 Como la miel dulces son....  
 ¿Porqué dices con hastío  
 Que un mar de hiel el vacío  
 Llena de tu corazón?

—La dulzura, aunque lo ignores,  
 Brotar puede de la hiel;  
 Que amargan también las flores  
 Donde liban los primores  
 Las abejas de su miel.

A. G.

**RIMA.**

El astro, que recorre el firmamento  
 Errante caminando, en su jornada  
 Una huella de luz marca en el cielo  
 Por donde pasa.

La barquilla que el mar cruza ligera,  
 Inquieta deslizando en las aguas,  
 Una señal, un rastro también deja  
 Por donde marcha.

Respondeme, mujer, á esta pregunta:  
 ¿Del amor que pasó, queda en tu alma  
 La estela que en el cielo deja el astro,  
 El surco que en el mar deja la barca..?

FIDELIO.